La mujer de mi vida
Autor: Manolo Campa

Un 14 de febrero, hace más de medio siglo, decidí declararle mi amor a una muchacha que me cautivaba por sus lindos ojos color miel, su pelo castaño claro, la blancura de su piel y su personalidad exquisita.

Decidí llevarle un regalo que me ayudase a conseguir el "sí". Que fuese más duradero que unas rosas, una caja de bombones o un frasco de perfume. En una tienda habanera había visto una cajita de música con una muñequita que daba vueltas con pose de bailarina de ballet. Su precio era elevado para mi bolsillo de empleado de poco rango. No recuerdo si tenía ahorros o si pedí un adelanto a mi empleador pero compré la cajita de música para la que presentía era el amor de mi vida.

Llegó el momento de la declaración… Sospechaba que ella sentía por mí lo mismo que yo sentía por ella… Pero no estaba seguro… Con nerviosismo de estudiante mediocre en un examen oral, encontré palabras para dejarle saber que la amaba y preguntarle si me quería. ¡Sí!... Sí fue su respuesta y nos hicimos novios.

Desde aquel 14 de febrero mi vida tomó un rumbo ascendente. Mejoré en mis estudios porque me dijo que no se casaría conmigo hasta que terminase mi carrera. Desde que salí del colegio no rezaba ni iba a misa. Ella me situó de nuevo en el camino hacia Dios. Los domingos, antes de ir a la playa o al cine, tenía que acompañarla a oír misa.

Me gradué. Nos casamos. Llegó la primera hija. Los dos teníamos buenos trabajos. Pudimos comprar un terrenito en las afueras de la Habana y fabricar nuestra casa. Nació nuestra segunda hija el 20 de diciembre de 1958. Nuestra felicidad desde 1959 no era completa, empezamos a contemplar salir de Cuba. En octubre de 1960 nació nuestro tercer hijo, nuestro primer varón. La situación política empeoraba.

El régimen comunista se iba apoderando de todo, hasta de los niños. Un gran dilema teníamos: Irnos y dejar a nuestras familias y todo lo que habíamos conseguido con nuestro trabajo o quedarnos y perder la oportunidad de ser libres en otro país. La decisión no fue fácil de alcanzar… nos apoyamos mutuamente…los dos deseábamos la libertad… ser libres y poder formar a nuestros hijos con principios cristianos.

Llegamos al exilio. Sin dinero, sin hablar inglés pero contando con su apoyo enfrenté todas las dificultades del comienzo. Sus oraciones eran más frecuentes, con más confianza en la benevolencia de Dios. Empezamos a trabajar los dos y pasado algún tiempo compramos nuestra casa. Con esfuerzo enviamos los niños al colegio de nuestra parroquia. Pudimos disfrutar nuestras primeras vacaciones a los siete años de haber llegado a Miami.

Junto a ella disfruté las alegrías como el nacimiento de nuestros hijos americanos. Fue mi consuelo y mi soporte en las penas y las tristezas: la muerte de mis padres, los trabajos que no logre conseguir o que perdí… lo difícil que me fue aprender a hablar inglés… lo cual logré con su ayuda, estudiando cada noche, después de haber acostado a los niños

Preocupada por mi vida espiritual, por mi catolicismo debilucho, se las arregló para que un compadre me "echara un lazo" y me llevara, a regañadientes, a un Cursillo de Cristiandad. Me confundió una nota que recibí de ella estando en el Cursillo, donde me decía que estaba rezando "fuertemente" y haciendo sacrificios por mi. Siempre se había ocupado de mi bienestar: alimentos, orden en la casa, limpieza, cariño… pero rezar por mí durante tres días… yo pensaba que las esposas rezaban por sus maridos con tanta insistencia, solamente para que dejaran de ser malos esposos. Ella era ahora la persona que más influía en mi vida. Antes lo había sido mi padre que ya envejecía y presentíamos su partida. Dios no me dejaba sin guía… la tenía a ella.

"La suma de todo cuanto hace feliz a un hombre consiste en la elección de una buena mujer." Masinger, el autor de esta frase, con menos de veinte palabras escribió un compendio para los hombres que buscan la felicidad.

Adiós a un buen hombre:

"La muerte de un justo es una fiesta en que la tierra toda se sienta a ver como se abre el cielo." José Martí

Rolando Ochoa falleció el pasado viernes 30 de enero en su residencia en Miami. En julio hubiese cumplido 93 años. "Muere una gloria del teatro, la radio y la TV cubanos" decía el titular con el que El Nuevo Herald encabezaba un artículo dando la noticia de su muerte. Rolando fue todo eso y más…

En Cuba le admiraba como actor. Todavía no éramos amigos. Lo conocí personalmente en los primeros años del exilio. Si me había impresionado antes con su actuación en las pantallas de televisión, más impacto hizo en mí conocerle como persona. Era un buen esposo, un padre ejemplar y un cubano por los cuatro costados. Demostraba su amistad con cálido afecto, típico de los hombres buenos, muy buenos.

Hablaba de sus colegas actores con simpatía, respeto y estima. Admiraba a los comediantes que sin groserías ni malas palabras, hacían reír al público. El era uno de ellos. El Rolando sencillo, del que poco hablaba, también entretenía con fino ingenio, con los monólogos costumbristas conque podía deleitar a la audiencia durante un buen rato gracias a su formidable memoria que conservó hasta hace muy poco. En mis llamadas para saber de él y disfrutar de su cordialidad, ya habiendo cumplido "ochenta y once años", como él decía con gracia, me interpretaba fragmentos de zarzuelas cubanas y trocitos de sus monólogos que él sabía me gustaban.

Un hombre ejemplar ha emprendido “el camino de todos”. Con tristeza lamento que no esté ya con nosotros… muchos lo vamos a extrañar. Para Rolandito, al que quiero como a un hermano, para Pepita y Susana, debe ser un gran consuelo el saber que *“... la tierra toda se sienta a ver como se abre el cielo”* para recibir a su padre.